



Eugenio M. Recio, S. I.

Actualmente se insiste con frecuencia en que la salvación es un asunto personal. La bondad o malicia de *mis* obras determinará *mi* situación definitiva en la vida eterna. Y *mis* obras serán buenas o malas si el *yo* operante libremente se subordina a la ley puesta por Dios a la naturaleza o prescinde de ella. Se trata, pues, de una relación fundamentalmente individualista entre *mi* obrar y el orden establecido. En definitiva, soy *yo* el que me tengo que salvar...

Sin duda, se debe contrarrestar el ímpetu colectivizador que amenaza anegar nuestras generaciones como reacción al individualismo que condicionó nuestra etapa histórica. Pero aunque el colectivismo tiene toda la fuerza del movimiento comunista en que ha encarnado su ideología, no podemos olvidar que el individualismo late en la subconciencia del capitalismo más o menos puro que cerca con sus fronteras la U. R. S. S.

Creemos, por eso, que más que insistir en la verdad parcial que entraña el individualismo, conviene impulsar la síntesis armonizadora de lo individual y colectivo que se adivina como única verdad auténtica. Lo contrario podría

significar que nos cuesta separarnos del lado individualista en que naturalmente comenzamos nuestra marcha.

Acusamos a la esperanza

Aquella frase, que tantas veces oímos "lo principal es salvar el alma" nos puede parecer desesperanzadoramente egoísta.

Pero a la misma aparente conclusión nos lleva el análisis profundo que hace la ética de nuestra estructura humana: el móvil más profundo de nuestra volición es el radical apetito de felicidad.

¿Está, pues, cerrado a lo social el objeto de la esperanza cristiana? ¿La dimensión social que trasciende la actividad humana, queda excluida de ese movimiento hacia la felicidad que constituye la función más totalizante y comprometida de nuestro dinamismo?

Si el hombre para buscar la satisfacción de sus deseos de felicidad tuviera necesariamente, o incluso pudiera, prescindir de los demás hombres, parece que habría cierto desorden funcional en la naturaleza humana. Porque esta naturaleza sería radicalmente individualista en cuanto que su fin primario: la felicidad, sería función exclusiva de la personal actividad y, por otra parte, tendría que ejercer otras funciones sociales por exigencias también de su constitución. ¿No resultaría difícil que la actividad absorbente individualista se abriera socialmente para otras actividades de menor atractivo?

Dos actitudes para el gozo

El objeto de la virtud de la esperanza consiste en el fiducial deseo de alcanzar la posesión frutiva de Dios por toda la eternidad y, por tanto, en un estadio anterior, en la posibilidad de disponer de los medios necesarios para ello. Virtud fundamentalmente dinámica, que como las demás teologales

termina en Dios como objeto, y se realiza en un estadio temporal para consumarse en otro eterno. Veamos, pues, si estas dos etapas admiten abertura a "otros" o se cierran en la polaridad exclusiva "Dios y yo".

El gozo y la alegría son estados de ánimo muy personales. Pero mientras la alegría se caracteriza por su expansividad, en el concepto de gozo resalta más lo subjetivo. El gozo es una de las manifestaciones vitales en que el propio "yo" se substancializa e independiza, lo mismo o más que en el dolor. Pero hay formas de gozo muy diversas por su origen y por su misma formalidad.

Un muchacho se cierra en su cuarto, enciende un pitillo, se relaja en un gran sillón, conecta el tocadiscos y se enajena con un nocturno de Debussy.

Gozo a puerta cerrada. Fruición individualista. No necesita de otros hombres. En absoluto no puede prescindir de ellos, pero sus servicios están como materializados en su obra, y se puede olvidar a la orquesta que interpreta, al técnico que fabricó el aparato... En la música hay, además, cierta prevalencia de lo subjetivo.

Otro joven hace planes para una gran cacería. Habrá un elemento de disfrute personal insoslayable. Somos personas con una intimidad impenetrable, clausa e independiente, Pero gozará con otros y por otros. Gozo comunitario de mutuas interferencias, distinto del solitario placer del misántropo. Necesita de los otros para su propio gozo y una parte de este gozo es ese gozar con otros.

¿La fruición de Dios es un gozo individualista?

El gozo de la bienaventuranza es ante todo, gozo de la gloria de Dios. Ya está aquí superado lo egocéntrico. Los santos insisten en que el alma se concentra de tal modo en Dios que sólo una matización finísima de sus impresiones les libra de destruir la autono-

mía de la persona humana, de caer por tanto, en una identificación Dios-alma de tipo panteísta. Floración espléndida de la capacidad de entrega del hombre, elevada cualitativa y cuantitativamente por la gracia sobrenatural, transformada en luz de visión.

Pero hay algo más, porque el mismo objeto de la visión tiene varios sentidos hondamente comunitarios.

Ese Dios inmenso que llena sobreambundantemente todas mis potencialidades está al mismo tiempo, en su actualidad eternamente presente, satisfaciendo toda la capacidad frutiva de los demás bienaventurados. No estoy solo en el gozo, gozan otros conmigo y gozan del mismo objeto. Y aunque la presencia de los "otros" no aumente un ápice el gozo substancial de cada individuo —estamos lejos del ejemplo propuesto para caracterizar el gozo social— existe una relación sumamente íntima entre los bienaventurados. El amor de Dios desde cada alma revierte hacia los demás en una exuberancia vital, inundadora, de modo que cada bienaventurado siente un gozo, accidental, pero enorme, por el bien de los demás miembros de ese Cuerpo místico que va definitivamente creciendo hacia su madurez.

"En vez de permanecer separados, todos se harán una sola cosa, al sentirse unidos al Bien único, de manera que unidos por el lazo de la paz, según las palabras del Apóstol, en la unidad del Espíritu Santo, todos serán un solo Cuerpo y un solo Espíritu, gracias a la única esperanza, a la que fueron llamados. Y el lazo de esta unidad es lo que constituye la gloria" (1).

"Unanimidad y consumación de unidad que es a la vez imagen y efecto de la unidad de las Personas divinas entre sí" (2).

(1) GREGORIO NISENO. In Cant. Hom. 15, PG. 44, 1116-17.

(2) HENRI DE LUBAC, S. J., *Catholicisme*, Paris 3, p. 85.

Sociabilidad por sobreabundancia

Llegamos así a la razón más profunda de la sociabilidad humana, que es un imperfecto reflejo del enorme misterio de la vida trinitaria.

En Dios no es una indigencia sino una sobreabundancia de vida lo que determina su intrínseca y necesaria sociabilidad. La vida social —la existencia y comunicación entre las tres divinas Personas— es tan esencial a Dios que sin ella dejaría de ser Dios. La infinita plenitud de su perfección no se agota constituyendo una individualidad sino que necesita desbordarse comunicándose en una Trinidad de Personas. Originariamente, pues, un valor infinito constituye la relación social.

Esta sociabilidad perfecta la vivirá el hombre en su estadio celeste cuando, como hemos dicho, sobreabundando de vida por su inmersión en la vida de Dios, "piélago infinito de ser", se sienta unido a los demás bienaventurados en la actitud sobrehumana del que da sin necesitar recibir. Pero en el estadio terrestre la sociabilidad por sobreabundancia encuentra también su expresión en la virtud de la caridad. Virtud más divina que humana porque da sin esperar respuesta y, por eso, se contraponen a las relaciones de justicia que caracterizan a la sociabilidad por indigencia.

Llamamos sociabilidad por indigencia a la mutua y estable contraprestación de servicios en orden a la consecución de un fin. Es la sociabilidad específicamente humana porque se funda en la limitación de cada sujeto. Como el hombre no se basta a sí mismo, necesita de los servicios de otros y al beneficiarse de esos servicios queda obligado, en justo retorno, a ofrecer los suyos a los otros también necesitados. En este sentido no basta para que haya sociabilidad que el objeto del gozo sea otro ser, si éste no necesita nada de mí, ni tampoco basta que junto a mí haya otros que gocen del mismo objeto si esos "otros" influyen substancialmente en mi gozo.

Existen, pues, dos especies distintas de sociabilidad y ambas caben perfectamente en la esperanza cristiana. Más aún, la más perfecta, el desinteresado servicio a los demás y el gozo por su bien se realiza plenamente en la etapa definitiva de la esperanza —posesión eterna de Dios— y es también obligatoria en su etapa primera, porque la caridad es uno de los medios necesarios para conseguir la salvación.

Sin vida social imposible salvarse

Veamos ahora cómo la esperanza exige también el ejercicio de la sociabilidad humana estricta. Nos movemos en el estadio temporal de la esperanza. Jesucristo dotó de los medios necesarios para la salvación a una sociedad sobrenatural y es indispensable pertenecer a ella para alcanzar la vida eterna.

La naturaleza de la sociedad se fundamenta en la necesidad de colaborar mutuamente para conseguir un fin. La Iglesia tiene un carácter especial porque su fin, la gracia —que es el bien para cuya adquisición y conservación los hombres han de ayudarse mutua-

mente— no depende eficientemente de los hombres sino de Dios. Pero su Autor ha querido dispensarla por medio de los hombres. Prácticamente, pues, necesitamos de otros hombres para poder disponer de los medios necesarios para alcanzar la bienaventuranza. El estadio temporal de la esperanza es, por tanto, esencialmente social. Imposible salvarse sin la inserción en la vida social.

Sociabilidad por indigencia

Los sacramentos, principio originario, conservativo e incrementador de la gracia, tienen que administrarlos necesariamente otros hombres. Sólo en el matrimonio los sujetos que lo reciben son los ministros que hacen el sacramento. Pero el matrimonio es un sacramento social en su esencia porque se realiza entre dos personas y tiene por fin primario el bien de la sociedad: la procreación de nuevas personas y por fin secundario la mutua ayuda.

La Revelación se nos comunica tam-

Se nos reprocha de ser individualistas, aún a pesar nuestro, por la lógica de nuestra fe, cuando, en realidad, el Catolicismo es esencialmente social. Social en el sentido más profundo de la palabra: no solamente por sus aplicaciones en el ámbito de las instituciones naturales, sino originariamente en sí mismo, en su centro más misterioso, en la esencia de su dogmática. Social hasta tal punto, que la expresión «catolicismo social» tendría que parecer siempre un pleonasma H. DE LUBAC, *Catholicisme*, pg. 9.

bién por otros hombres y de aquí el escalofriante problema y la responsabilidad ante esos millones de paganos que no han oído hablar de Cristo. ¿Y cómo creerán si no oyen hablar de El? ¿Y cómo oirán si no se les predica? ¿Y cómo habrá predicadores si no son enviados? (Rom. 10¹⁰). Potestad santificadora, potestad magisterial y potestad de jurisdicción que nos relaciona esencialmente a los hombres para poder conseguir la realización de nuestro último fin.

Pero necesitamos vitalizar este sentido social católico y atender no sólo a nuestra vinculación necesaria a la jerarquía sino también a los demás miembros del Cuerpo místico. Parece indudable que si viviéramos más conscientemente la realidad de nuestra sociabilidad sobrenatural (nuestra vida en la Iglesia) nos resultaría más eficaz vivir la natural en la sociedad civil.

Supuesta la necesaria tensión que nos ha de hacer vivir alerta para no desaprovechar un solo grado de gracia, hemos de valorar esa vida social que nos enriquece con gracias especiales y ex-

clusivas de la colectividad. El llamado fruto generalísimo de la Misa, la oración comunitaria —“si os reunís dos para pedir...” Mt. 18¹⁹— y, en una palabra, esa realidad difusa que distraídamente recordamos en el Credo, pero que tiene un contenido de máxima eficiencia en este orden de la esperanza: la comunión de los santos, la participación en todas las obras meritorias del pasado, presente y futuro de este Cuerpo místico a que pertenecemos, es el bien auténticamente social a que Dios nos ha hecho acreedores, al establecer esta economía de redención.

Pero dijimos que el mecanismo social exige una contraprestación. Por lo que podíamos llamar justicia social sobrenatural estamos obligados a devolver a la sociedad algo, por lo mucho que de ella recibimos. San Pablo se sentía coaccionado (1 Cor.9¹⁶) a predicar el evangelio por las exigencias de una inmensa gratitud. No somos, pues, sólo acreedores y, menos, mendigos que viven de sola la caridad. Dios nos ha concedido el honor de poder ser útiles a nuestros hermanos y nos ha hecho como

«El problema social se ha planteado exclusivamente en términos de justicia conmutativa, distributiva, etc. y se ha reducido a casuística. Pero la predicación ordinaria dogmático-moral, la dirección espiritual, la educación en los colegios religiosos, la catequesis, los libros que se publican por sacerdotes, la Teología, en suma, permanece ausente del campo social... Y cuando hace acto de presencia es renunciando a su naturaleza e insistiendo en los consabidos deberes y derechos de los patronos y empresarios dentro del actual sistema económico».

Tomás Malagón. Congr. de Perfección y Apostolado.-Madrid

a San Pablo deudores de nuestros próximos (Rom. 114). El ejercicio de lo social aparece, por tanto, esencialmente íntegro en nuestra vida sobrenatural y como una exigencia de nuestro ser cristiano.

El puesto de los seglares

Como miembros de un mismo Cuerpo vivo, la perfección de cada individuo privado beneficia y enriquece a todo el conjunto. Y cada miembro, como portador de vida, la difunde o la infunde de nuevo en el miembro inmediato: apostolado de testimonio, consejo acertado, oración y sacrificio deprecante o propiciatorio. Y su participación en los actos colectivos les dará un sentido más pleno. E incluso en el orden imprescindible de la santificación, los laicos son los que crean esos ambientes familiares que facilitan la germinación de las vocaciones sacerdotales ¡tragedia de los pueblos de costumbres disolutas!

Y pasando del círculo familiar al ciudadano y nacional, su actuación en la vida pública según las enseñanzas

evangélicas, será de una transcendencia definitiva en la moralidad pública, y en el desarrollo de la vida religiosa.

Afortunadamente la espiritualidad seglar va cayendo en la cuenta de su misión específica y consistente en la vida social eclesiástica. No es exclusiva del clero la elaboración de ese bien común que esperamos alcanzar insertándonos en la Iglesia. Como sociedad jerárquica hay distinción de funciones y el bien completo exige la fidelidad de todos y de cada uno de los miembros, a la que se le haya señalado.

* * *

Con esta profunda alegría de sentirnos todos compañeros de viaje —los viajes son una de las manifestaciones de la vida en que la sociabilidad brota más espontánea— con la conciencia de que somos todos deudores y acreedores, hermanos en Cristo, avancemos confiando unos en otros, hasta llegar a ese término feliz en el que nuestra indigencia de los demás será plenitud desbordante de ese bien que esencialmente es difusivo de sí.

